

MANUEL VICENT

Un grupo de griegos y españoles acabamos de sellar un pacto de amistad eterna que puede durar, como todas las pasiones enormes, dos o tres meses. Incluso cuatro. Grecia y España tienen muchas cosas en común, por ejemplo, las cabras, las laderas peladas, las tortas de berenjena, pollinos soñadores con el lagrimal lleno de moscas, mujeres de negro contra paredes encaladas, la luz aterradora de la sal, cierta miseria de esparto que excita el silogismo, ruinas con lagartijas y dos Premios Nobel de Literatura recientes, Aleixandre y Odiseo Elytis. Los pueblos que comparten cabras y pollinos en el paisaje mineral y poetas líricos en la Academia Sueca están llamados a entenderse. La sequía une mucho.

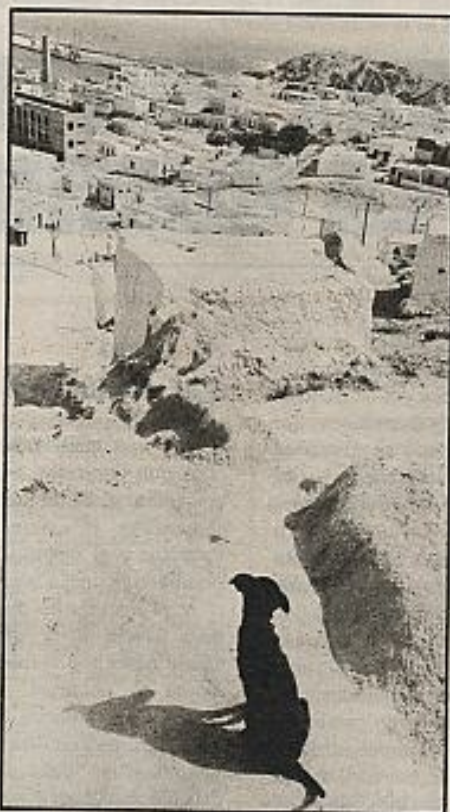
En el salón del hotel madrileño había una gran mesa de juntas con tapete de billar, verde y llano como el campo de la Argólida. A su alrededor estaban sentados artistas, escritores, técnicos, eruditos y otra gente fina de ambas patrias. En esa pequeña ágora con moqueta, bajo la presidencia de Antonio Tovar, se tomó el acuerdo de formar una asociación hispano-helénica para fomentar nuestro mutuo conocimiento, esto es, intercambiar el pisto manchego por la musaká, emborracharse conjuntamente un día con riejá o con vino de Patras, cederse el jubón con golilla por el himation de lino y unidos bajo el cielo de Atica o de Almería, ambos resplandecientes como un ojo de pez, soñar en piedras estriadas, esculturas sin nariz, hermafroditas mancos, ánforas naufragadas y capiteles en tierra que ahora sirven de asiento a guerreros de la OTAN. El presupuesto no da para más. En la composición de la cultura entra una parte de sueño y de deseos puros. Y éstos, afortunadamente, son baratos.

No faltaba nada. Allí estaba el grabador Dimitri Papageorguin, sátiro de bajorrelieve con gorra y pipa; el pintor Perdikidis, con pinta de Epaminondas descomunal o de Poseidón nevado; Sarantis Antiocos, joven diplomático nacido en la Isla de Zente, cerca de Itaca, cuyos antepasados fundaron Sagunto. Es lo malo que tiene la beatería clásica o llevar todavía el Bachillerato a flor de piel. Conoces a cualquier tipo griego y en seguida buscas su correspondiente molde en mármol, su fórmula trazada por Fidias o Platón. Es un juego mental que no da dinero, aunque entretiene bastante.

Pero ese género de Grecia ya no existe, si no es en alguna cláusula idealista de cerebro. Somos ya demasiado miserables. La verdad sólo está en las peluquerías de señoras: allí han puesto la mitología al día las revistas del corazón. Con el cráneo coronado de chufos bajo el secador, con o sin ampolla, cualquier ama de casa sabe que Aristóteles era un tío riquísimo, un griego de oro con cara de golfo, el ojo sólido y el párpado pesado, que tenía un yate con el que raptó a la viuda huesuda e insaciable de un Emperador yanqui y que su huérfana, Cristina, se casó con un ruso tuerto, con una mirada de vidrio de no muy buena calidad.

La cultura moderna nos ha enseñado que los argonautas con bandera panameña aún envenenan a sus mujeres legítimas con zumo de adelfa en un piso de la avenida Foch, de París. O que Melina Mercouri, cuando entra en celo democrático, restriega el pubis contra las paredes, arañando la cal, y si oye un respunte de bouzouki, que le da la entrada, lanza una melodía en el aire tórrido vibrado de cigarras contra los tiranos de rapada cabezota, mientras Zorba baila en la arena radioactiva. Esos son los mitos de papel satinado.

AMISTAD HISPANO-HELENICA



Para su desgracia, el ingeniero José Antonio Fernández Ordóñez no va a la peluquería de señoras, ni el abogado y poeta Juan Mollá se hace la permanente ni se da mechas en la barba. No saben nada de esto. Están empeñados en rescatar de las aguas de Salamina un auriaga de bronce lleno de lapas y caracoles. Con la perilla de Mefistófeles y su cresta de gallito tomatero, el pintor Gregorio Prieto cree todavía que sobre las ruinas de Olimpia corren atletas con brillo de aceite y que ángeles púberes y anfibios le esperan con la cabeza apoyada en

columnas dóricas derribadas por el terremoto de Creta. El poeta José Hierro aún piensa ser invitado al cóctel que da Safo los viernes para coronar su calva sanguínea con mirto y meter mano a cualquier bacante quedona por debajo del peplos abierto en la muslada. Son sueños de pantorrilla al aire.

Según los estatutos, esta asociación hispano-helénica mantiene como objetivo principal el fomento e intercambio de las dos culturas. Entonces creo que primero hay que montar un restaurante griego en cualquier cava de ladrillo visto para que los socios puedan labrar un proyecto de pobreza en común y comer barato en los tiempos de hambre que se avecinan. Paredes con enredadera, música de sirtaki y sobre la ensalada de col, aceites de Delfos y queso de cabra soñar en países húmedos, en ríos navegables y pastos con vacas echadas de ubres rebosantes de gasolina super, que se puedan ordeñar directamente en el depósito del coche.

La cultura se divide en dos partes. En una hay cabras y ruinas, en otra hay laboratorios y vacas redondas. Los griegos y los españoles pertenecemos a la cultura de la cabra de teta puntiaguda y belfo morado. El camino de las panateneas y la senda de los conquistadores hoy está marcada por una línea de cagarrutas. Ya no hay remedio. Pero los sueños de nuestra pobreza colonizada aún son hermosos. Se puede hacer algo.

En esta asociación hispano-helénica hay eruditos por ambas partes que piensan en el auristo o en el concepto poético de Góngora, escultores que sueñan en el mármol pentélico o en el granito de Colmenar, poetas que creen en Pindaro o en García Lorca. Cualquier español puede unirse a la caravana. Bajo un cielo nítido que se dibuja en todas las aristas, en una ladera pelada con reflejos minerales verás esta comitiva de eruditos, poetas, artistas, escritores, técnicos y científicos desnudos dentro de un barril buscando el espacio de su propia felicidad con un cirio en la radiante claridad del mediodía. Un rebaño de cabras entrará en el Partenón o en El Escorial y el rastro de su dulce perfume invadirá los propleos o los atrios. Un helicóptero de la OTAN arrojará sacos de leche en polvo sobre estos naufragos solares y la expedición será finalmente conducida a una caverna de la Acrópolis donde se ha montado un bar americano con travestis, que tiene como atracción principal a Sócrates tocando el saxo. Allí se ofrecerá una copa de vino español. Y alguien dará el grito de la libertad. Vivan los salmonetes del Mediterráneo.

Cualquiera puede apuntarse a esta asociación de amistad hispano-helénica. Para ser miembro numerario sólo se requiere tener un poco de imaginación para elevarse sobre las cabras y las ruinas comunes y entrar en un sueño de módulos. Por lo demás, ni un duro. Todo gratis. ■